

La educación como crecimiento

RAÚL PÉREZ DE LOS SANTOS

Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez, Venezuela

Introducción

El hombre, al igual que la mayoría de los seres vivos, perpetúan la especie por medio de la procreación, acto biológico a través del cual se transmite la herencia genética que determina la estatura, el color de los ojos y del cabello, la constitución física, etc. Pero el hombre, a diferencia de las otras especies, se vale de la educación como medio para prolongar la vida social, la cual garantiza que aún cuando un miembro o varios miembros del grupo desaparezcan, la vida de este continúa.

En este sentido, Dewey (1998) sostiene que: "La vida abarca las costumbres, las instituciones, las creencias, las victorias y las derrotas, los ocios y las ocupaciones" (p. 14), que son transmitidas a través de la educación. Los miembros recién nacidos de un grupo son el futuro del mismo y son los individuos adultos, los encargados de conducirlos, ya que son estos los que poseen el conocimiento y las costumbres del grupo.

Es por esto que Dewey (1998) afirma: "Los seres recién nacidos no sólo desconocen, sino que son completamente indiferentes respecto a los fines y hábitos del grupo social, que ha de hacerlos conocer e inspirarles interés activo hacia ellos. La educación, y sólo la educación, llena este vacío" (p. 14), por lo que sin esa transmisión, sin la educación, sería imposible que la vida social del grupo pudiera subsistir.

Vida biológica y vida social

Aunque algunos autores sostienen que el hombre no es un ser social por naturaleza, miles de años antes, Aristóteles demostraba en *Política*, capítulo I, que el hombre es un ser naturalmente sociable y nosotros consideramos que es así. En tal sentido Chinoy (1974) afirma que "...los seres humanos son animales sociales y no criaturas aisladas" (p. 25), ya que de lo contrario serían ermitaños, locos o dioses.

Runciman (1999) considera que el hombre es un animal con mente compleja, que establece relaciones con otros hombres de mentes complejas, lo cual establece un contacto social que adquirirá significados, los cuales se convierten en la cultura que identifica de manera particular a un grupo. Este mismo autor señala que: "Muchos cientos de miles de años de selección natural han tenido como resultado que todos los seres humanos nazcan con un conjunto de propensiones, instintos y capacidades innatos compartidos, uno de los cuales es la sociabilidad" (p. 13).

Entonces, podemos afirmar que el hombre es un ser social por naturaleza, que necesita de los demás para desarrollarse, cubrir sus necesidades, hacer intercambios, reproducirse y aprender.

Para que pueda existir sociedad, para que se de la posibilidad de que el hombre forme grupos, necesariamente debe reproducir la especie en una primera instancia. Para los animales irracionales la procreación es un acto instintivo no planificado, que tiene por único fin conservar la especie; aunque en principio, el hombre también busca perpetuar su especie, lleva a cabo la procreación con pleno conocimiento de por qué y para qué lo hace; pareciera que esto es así de simple, sin embargo la reproducción encierra algo más complejo.

A través de millones de años el organismo humano ha ido recabando información que ha transmitido a través del genoma, el cual "...procesa la información de un modo extraordinariamente lento, pero es sumamente fiable como mecanismo de transmisión y almacenamiento" (Mosterín, 1994, p. 16). Es el genoma el que ha ido aglutinando información a través de los años que a su vez transmite al organismo humano de generación en generación, es decir, a través del genoma se transmiten los rasgos característicos del ser humano, ampliados y enriquecidos por la acumulación de información orgánica. Es así como a través de la herencia genética la especie humana ha ido desarrollando estructuras que la han capacitado cada vez más para enfrentar nuevas situaciones.

Pero esto por sí sólo no basta, ya que necesita también de lo que llamaremos reproducción cultural, que es la manera como se transmiten, de generación en generación, todas las costumbres, tradiciones, conocimientos, normas, valores y hábitos que garanticen la supervivencia social de la especie.

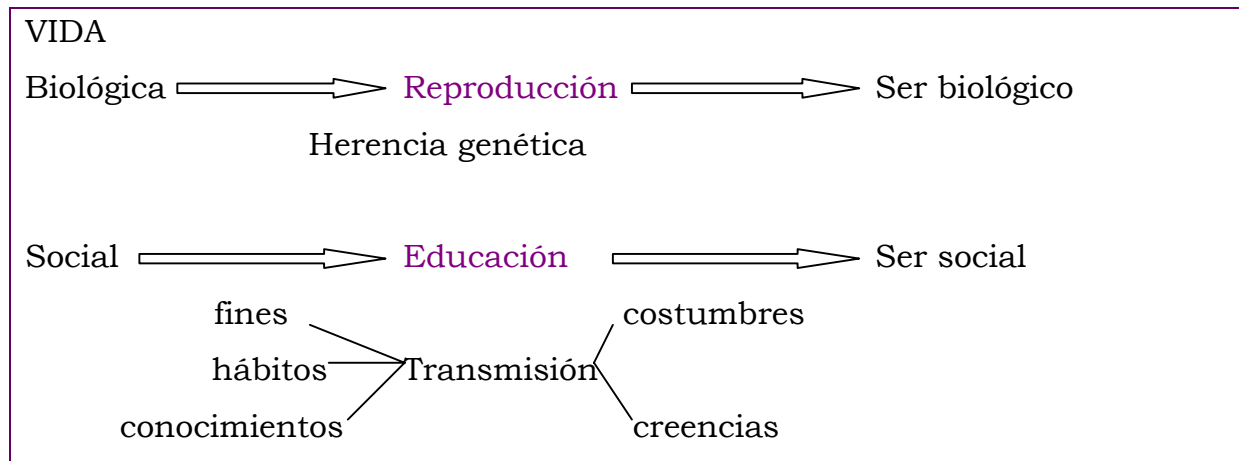
Una de las aproximaciones sobre la cultura es la forma de vida de un grupo que le permite representar la realidad a través de símbolos, los cuales son compartidos por todos los que lo conforman. Este simbolismo no se queda sólo en la construcción del mismo por parte del grupo, sino que es transmitido para garantizar su permanencia. En tal sentido Bruner (2000) afirma que: "Este modo simbólico no sólo es compartido por una comunidad, sino conservado, elaborado y pasado a generaciones sucesivas..." (p. 21), y esto es lo que permite que la idiosincrasia y estilo de vida del grupo se consoliden en la cultura.

Visto de esta manera, la cultura es la expresión colectiva de una comunidad, que tiene su origen en la construcción de significados individuales para interpretar contextos y ocasiones particulares; Bruner (2000) sostiene que "aunque los significados están *en la mente*, tienen sus orígenes y su significado en la cultura en la que se crean" (p. 21), lo que nos lleva a pensar que lo importante de los significados está en que son una plataforma para la comunicación, lo que hace que conocer y comunicar estén indudablemente interconectados; por consiguiente es la cultura la que nos permite ordenar y comprender la realidad en que vivimos. Y esto es aprendizaje.

Para esto deben hacerse esfuerzos deliberados y trabajos reflexivos (Dewey, 1998) que permitan dirigir las acciones para alcanzar los fines y metas que persiga la sociedad y esto sólo lo puede hacer y garantizar la educación.

En tal sentido Dewey (1998) afirma: "La sociedad existe mediante un proceso de transmisión tanto como por la vida biológica. Esta transmisión se realiza por medio de la comunicación de hábitos de hacer, pensar y sentir de los más viejos a los más jóvenes" (p. 15).

En el siguiente esquema se muestra el desarrollo de la vida tanto biológica como social:



La formación de hábitos

Es cierto que no se puede dejar sólo a los jóvenes inmaduros a la deriva, es necesario que otros los asistan, los conduzcan, le transmitan la cultura que garantice la subsistencia social del grupo. Es así como entendemos que la convivencia social es el ente fundamental para el desarrollo psicológico del ser inmaduro. Al respecto, Vygotsky (1979) sostiene que el desarrollo psicológico es consecuencia de la interacción social, porque a través del contacto entre sus iguales, será posible la supervivencia en el grupo de los más jóvenes.

Por lo tanto, la cultura sólo es posible a través de la interacción social, con lo cual se estará formando el intelecto de los más jóvenes, por medio de acciones que conlleven a la formación de hábitos, que garanticen un desenvolvimiento acorde con lo que espera de él la sociedad.

Pero ese desenvolvimiento debe estar enmarcado en el obrar bien, por medio de actos que garanticen el bienestar de todos, el bien común; y esto significa que la formación que recibe el joven debe prepararlo para que a través de una cierta autonomía (ya que siempre deben existir directrices, normas, reglas y leyes que regulen la acción), actúe indagando y decidiéndose por los mejores medios.

Sin embargo, no basta con el contacto del hombre con sus iguales y a través de una educación sistemática; hace falta además, como afirmaba Aristóteles (Ética Nicomaquea) que el individuo nazca con ciertas estructuras mentales suficientemente desarrolladas, que crezca y se desarrolle en un ambiente propicio (entendiendo esto como todas aquellas actuaciones que fomenten o dificulten el proceder característico del ser vivo) y que su paso por la vida no sea muy breve.

De darse esto así, será posible que el individuo adquiera, según Frankena (1975) ciertas excelencias, que Dewey (1998) llama hábitos, que le permitirán desarrollar actividades honradas de forma reflexiva, racional y consciente.

Es a través de la educación la forma como se logra inculcar buenos hábitos que permitan el buen proceder de los individuos en la sociedad, crear cultura ciudadana que a su vez desarrolle cultura política, que no es más, como afirmaba Aristóteles, que la ciencia que busca el bien supremo (Ética Nicomaquea, I).

Es la educación la llamada a jugar este rol en la sociedad, ya que educar tiene como motivo la causa de dirigir.

El conocimiento que obtenemos por medio de la educación nos permite mejorar nuestros hábitos, sin embargo estos no se derivan de la teoría. Conocemos las propiedades de la suma, pero nuestro desempeño en la suma no mejora hasta que ese conocimiento lo llevamos a la ejercitación en sumas. En palabras de Bruner (2000): "El conocimiento sólo ayuda cuando desciende a los hábitos" (p. 171).

Esto nos hace pensar en la necesidad de determinar cuáles serían los hábitos a inculcar en los estudiantes, en las diferentes etapas del sistema educativo, que quedarán profundamente marcadas para el resto de la vida. Entre los 7 y 9 años sería recomendable que el niño internalizara hábitos de lenguaje (fundamentos del hablar, vocabulario); hábitos de maneras, de buenas maneras (saludar con cortesía, respetar normas, etc) y hábitos matemáticos (operaciones básicas). Entre los 10 y 13 años se le deben inculcar al niño hábitos de buen gusto, apreciación estética y hábitos de estudio y de 14 a 16 años hábitos de trabajo.

Indudablemente que todos los hábitos deben ser vistos bajo una óptica reflexiva, posible únicamente a través del ir y venir en la constante relación con los demás y con apoyo en la educación sistemática; esto será lo que permitirá en el individuo el crecimiento, teniendo como condición inicial la inmadurez que para Dewey (1998) es "...la capacidad para desarrollarse" (p. 46), considerando a la inmadurez como algo positivo, como una condición necesaria para poder crecer.

El prefijo "in" (de la palabra inmadurez), se considera negativo, la carencia de algo, tal como lo afirma el Diccionario de la lengua Española (1999) cuando en una de sus acepciones dice que el prefijo "in" significa negación. Sin embargo para Dewey (1998) es algo positivo, la posibilidad de crecer.

Aunque la inmadurez es indudablemente la carencia de una serie de condiciones necesarias para la vida, estamos de acuerdo con el autor, ya que ésta también es falta de experiencia, la cual se va alcanzando en la medida en que el joven interactúe en la sociedad con sus iguales, complementando dicha acción con la educación sistemática, que serán elementos fundamentales para el crecimiento, facilitando que el individuo pase de un estado de imperfección a un estado de afirmación.

Ahora bien, la inmadurez se caracteriza por dos rasgos principales: La dependencia y la flexibilidad. Analicemos cada uno por separado.

Depender es estar bajo la autoridad y/o la protección de alguien; pero estas condiciones de dependencia necesariamente no significan que esta sea negativa. El niño desde que nace está bajo el cuidado de sus padres, quienes lo protegen y velan por su bienestar en general; a medida que se va desarrollando, además de sus padres, pasa a depender de otros adultos (maestros, tutores, guías, entrenadores), que complementan los actos iniciados por sus progenitores, conduciéndolos a través de la educación, transmitiéndole todo lo necesario para su vida en sociedad. Visto así, la dependencia es algo positivo que permite el desarrollo de capacidades, convirtiéndola en un proceso constructivo.

Por otra parte, la plasticidad es una condición de ciertos elementos que hace posible, mediante la manipulación, hacerlos cambiar de forma; aplicada al joven inmaduro, la plasticidad no es más que la

capacidad que este tiene para aprender, para crecer, no al azar sino a través de la educación sistemática, la cual dirige, selecciona y determina lo que el individuo debe aprender como ser social.

Para Dewey (1998) la plasticidad "es esencialmente la capacidad para aprender de la experiencia..." (p. 48). Aprender de la experiencia es saber analizar, clasificar e internalizar aquello que posteriormente nos permitirá actuar de mejor manera en situaciones posteriores, desarrollando así disposiciones necesarias para adquirir hábitos, que Frankena (1975) llama excelencias y que Aristóteles muchos años antes los mencionaba como hexis.

Si entendemos por hábito la destreza que adquirimos para hacer eficaz una acción, debemos suponer que esta destreza se adquiere con el constante repetir de la acción. Sin embargo esto no basta ya que de quedarse en este único plano, el hábito termina por dominar a la persona.

Por otra parte, se corre el riesgo de adquirir hábitos no deseables o como dice Frankema (1975) disposiciones que no son excelencias, por lo que lo que nos debe preocupar no es tanto la adquisición de hábitos, sino cuáles son los elegibles y esto se consigue mediante la racionalidad que garantizará la correcta elección.

Si bien es cierto que un hábito se consigue con la práctica constante, esta debe ser efectuada bajo la guía de la reflexión, que permitirá que el hábito aflore o se active cuando la persona lo desee y no cuando un estímulo lo ponga en marcha. Dewey (2000) señala que: "Un hábito significa una habilidad para utilizar las condiciones naturales como medios para fines" (p. 50). Entonces debemos estudiar no sólo para aprobar un examen o para salvar el año, sino porque estudiar nos permitirá adquirir los conocimientos que junto a la experiencia, nos dará la oportunidad de crecer.

Es así como un hábito no sólo debe quedar en la acción motora y ejecutoria, sino que también debe desarrollar actitudes intelectuales que lo conviertan en dinámico, óptimo y eficaz. En tal sentido Dewey (2000) afirma que: "Un hábito indica también una disposición intelectual" (p. 51); el desarrollo de hábitos, entendido como el reflexionar sobre estos, es lo que hace posible que la educación signifique el proporcionar condiciones que aseguren el crecimiento durante toda la vida.

Un hábito sin reflexión se convierte en rutina, lo cual rompe con la flexibilidad y por consiguiente con la posibilidad de seguir creciendo. Por el contrario, los hábitos pensados, analizados y reflexionados son los que nos darán la posibilidad de seguir creciendo, de no perder la flexibilidad. Y es la educación la que, a través de las condiciones necesarias, proporciona la posibilidad de seguir desarrollándonos, de seguir creciendo.

Efecto de la educación

Para que la educación alcance el efecto esperado por los planificadores de esa educación, sean padres de familia o docentes, debe darse la participación completa del individuo, es decir, es necesario desarrollar en la persona, la racionalidad, el proceso de comunicación que le permita intercambiar con los otros y la acción dirigida a buscar el bien común.

En cuanto a la racionalidad, esta se entiende como el acto de reflexionar y entender algo; por tanto es necesario que consideremos los medios útiles para el desarrollo de la racionalidad. Entre ellos está el conocimiento que nos permite acceder al saber de las cosas, su composición, como están conformadas y cuáles son sus usos.

En su inicio conocemos por medio de los sentidos, los cuales nos dan una primera aproximación con el objeto, es decir, tenemos la percepción del mismo, las impresiones o sensaciones externas. Vista así, la percepción juega un papel importante en cuanto a la comprensión de la realidad.

Así lo expresa Baron (1997) cuando afirma que: "...el proceso de percepción, la forma en que relacionamos, organizamos e interpretamos la entrada sensorial para lograr la comprensión de nuestro entorno" (p. 122), y esto es atender selectivamente a aquellas sensaciones (de todas las que nos rodean), es percatarnos de lo que verdaderamente nos interesa.

Por lo tanto, la percepción es esencial para que el individuo se concentre en aquellos conocimientos que le interesan y le convienen (desde la perspectiva del bien) y que le estarán permitiendo adquirir lo mejor que recibe a través de la educación.

Si bien es cierto que ciertos estímulos pueden hacer que cambiemos nuestra atención, es la educación formal la que trazará la senda correcta a seguir para el desarrollo intelectual, como lo manifiesta Aristóteles (Ética Nicomaquea, Libro II, I) cuando afirma que la virtud intelectual: "...debe sobre todo al magisterio su nacimiento y desarrollo, y por eso ha menester de experiencia y de tiempo" (p. 18).

La percepción da cabida al segundo elemento que permite el desarrollo de la racionalidad, el pensamiento. Este no es un proceso pasivo ya que conlleva el manejo de representaciones internas de la realidad que nos rodea; estas representaciones que manipulamos mentalmente son generalmente conceptos, que para Baron (1997) "...son categorías mentales para objetos, hechos, experiencias o ideas que son similares entre sí en uno o más aspectos" (p. 229), los cuales juegan papel determinante para comprender el mundo.

A su vez Norchehy y Shebilske (1998) definen los conceptos como "...grupos mentales de objetos, sucesos, estudios o ideas" (p. 268). Los conceptos que en sí son información deben ser interpretados por medio del razonamiento, para llegar a conclusiones tal como lo afirma Galotti (1989) (en Baron, 1997): "...el razonamiento involucra transformaciones cognoscitivas de la información apropiada para llegar a conclusiones específicas" (p. 233). En ese sentido es crear categorías de pensamiento personales o crear nuevas categorías.

Para que la percepción y el pensamiento puedan jugar su papel en el desarrollo de la racionalidad, debe estar presente la prudencia, nuestro tercer medio. Adquirido el conocimiento, que recibimos por medio de la educación, que hemos percibido y razonado, necesitamos una directriz que nos facilite la escogencia del bien, de lo más apto para nuestro proceder y eso nos lo suministra la prudencia.

Isaacs (1980) nos dice que la prudencia es la virtud que: "...facilita una reflexión adecuada antes de enjuiciar cada situación y, en consecuencia tomar una decisión acertada de acuerdo con criterios rectos y verdaderos" (p. 138), por consiguiente es la prudencia la que nos permite hacer una elección acertada del bien verdadero y no simplemente dejarnos llevar por las apariencias. En este sentido Aristóteles (Ética

Nocomaquea, Libro II, II) nos dice que: "Es un principio comúnmente admitido, y que hemos de dar por supuesto, el que debemos obrar conforme a la recta razón" (p. 19).

Quizás por esto Escrivá de Balaguer (1997) comenta que: "En gran razón a la prudencia se le ha llamado *genetrix virtutum*, madre de las virtudes, y también *auriga virtutum*, conductora de todos los hábitos buenos" (p. 245, n.º 164), por lo que podríamos afirmar que sin la prudencia la racionalidad carecería de valor práctico, ya que nos daría igual escoger el bien o el mal. El desarrollo de la racionalidad a través de estos medios tendría como fines la búsqueda del bien propio y de la sociedad, el obrar correctamente y el encontrar la verdad.

Pensamiento y acción

Cuando decimos que el pensamiento no es pasivo, nos referimos también a que pensamiento implica acción, a hacer, y no simplemente a un acto de encierro en sí mismo o ensimismamiento, como dice Ortega y Gasset (1980). Por lo dicho en los últimos párrafos, la prudencia, como hábito en el docente, se convierte en condición indispensable para la transmisión, no para la alteración o distracción, tan común cuando hay artificios de tecnología, sino para la reflexión del y en el proceso. Es, la relación didáctica esencial.

Para Dewey (1998): "La reflexión implica también preocupación por el resultado..." (p. 130), porque el pensamiento lleva implícito el reflexionar, que no tiene más fin que conducir al individuo a actuar para encontrar resultados que pueden ser los esperados o no, lo cual lo llevará nuevamente a pensar para encontrar la mejor manera de adaptarse al mundo que lo rodea o en palabras de Ortega y Gasset (1980) cuando afirma que el hado del hombre es primeramente la acción, por lo que no vivimos para pensar sino que pensamos para sobrevivir, por lo que si la acción no está consustanciada con el pensar, simplemente lo que estamos haciendo es vivir por impulso o inclinación indeliberada.

Es igualmente necesario para la participación completa del individuo en el ámbito educativo, que desarrolle el proceso de comunicación, garante del aprendizaje y de la transmisión del conocimiento. Y sobre este debemos considerar dos aspectos esenciales: el saber escuchar y el dominio de la palabra.

En educación el saber escuchar es de gran importancia tanto para el alumno, que así podrá entender y aprender lo que quiere transmitirle el docente, y este escuchando al estudiante será capaz de organizar el material académico de forma adecuada para aquel.

Hay que resaltar que comunicar no sólo se remite a descifrar un código por las partes involucradas (proceso cognitivo), además debe producirse una identificación de tipo afectiva que implica recíproca creencia en lo que se comunican las partes; de hecho comunicación y afectividad están presente en las relaciones familiares, bastión primario de la educación de todo individuo.

El saber escuchar lleva implícito el saber buscar la información y esto se aprende a través del cultivo de la lectura, de desarrollar el hábito del intelecto que nos conduzca a indagar en diferentes fuentes; al respecto Ríos Cabrera (1999) afirma que: "...quien desee hacerse de una buena formación necesita convertirse en un lector que comprenda bien lo que lee..." (p. 136). Y no es leer por leer, es convertir el hábito

en un acto reflexivo y hermenéutico, que permita la comprensión, interpretación e internalización del material, produciéndose por consiguiente una comprensión semántica que permite establecer relaciones y llegar a conclusiones.

Otro aspecto importante en el proceso de la comunicación es el dominio del lenguaje, elemento esencial y fundamental para poder relacionarnos con los demás. En tal sentido León de Vitoria (2000) afirma que: "Todos los logros convergen en el área del lenguaje, [...], ya que este es el instrumento que facilita su relación con otras personas" (p. 33).

Si bien el aprender a caminar es natural debido a que el hombre desde su nacimiento posee toda la estructura muscular y nerviosa que producirán el acto de caminar, no pasa así con el lenguaje que es producto de la sociedad en que se desarrolle; si lo apartamos de esta no aprenderá a hablar. Es tal la influencia social para adquirir el lenguaje, que incluso el hombre se ve en la necesidad de aprender y dominar lenguajes muy particulares, dependiendo de la profesión que elija practicar (lenguaje científico, lenguaje matemático, etc.). Por eso Sapir (1966) dice que: "El habla es una actividad humana que varía sin límites precisos en los distintos grupos sociales, porque es una herencia puramente histórica del grupo, producto de un hábito social mantenido durante largo tiempo" (p. 10).

Por otra parte, el lenguaje nos permite representar el pensamiento bien de manera sonora o escrita, medios utilizados para transmitir el conocimiento, las tradiciones, las costumbres, la cultura; es por esto que Foucault (1989) nos dice que: "En este sentido estricto, el lenguaje es el análisis del pensamiento: no un simple recorte, sino la profunda instauración del orden en el espacio" (p. 88).

Esto debe conducir al hombre al plano práctico, es decir, llevar a la acción todo lo aprendido, buscando que sus actos sean buenos para él y para sus congéneres, y sobre todo con permanencia en el tiempo y no meras acciones basadas en la moda que al fin y al cabo es pasajera, como lo afirma Escrivá de Balaguer (1987) cuando dice: "Para convencerse de que resulta ridículo tomar la moda como principio de conducta basta mirar algunos retratos antiguos" (p. 49, n.º 48).

Pero la acción debe estar precedida, como hemos dicho, de la reflexión para que verdaderamente se justifique y recíprocamente que esa reflexión permita prever las acciones futuras (Ortega y Gasset, 1980). Siempre que el hombre reflexione y medite sobre las acciones que va a acometer, es de esperar que lo impulse hacer el bien, a buscar no sólo su bienestar personal sino también del resto del grupo, o como lo dice Aristóteles (*Ética Nicomaquea*, Libro I, II): "Es cosa amable hacer el bien a uno sólo; pero más bella y más divina es hacerlo al pueblo y a las ciudades" (p. 14).

Por lo tanto, cuando nuestra acción tiene como fin el bien de todos, estamos ante la presencia de un acto de belleza, entendiendo esta como la recta razón en el obrar.

Bibliografía

- ARISTÓTELES (1969): *La Política*. Colección Austral, n.º 239. Madrid, Espasa-Calpe.
- (1999): *Ética Nicomaquea - Política*. México, Editorial Porrúa.
- BARON, R. (1997): *Fundamentos de Psicología*. México, Prentice Hall.

- BRUNER, J. (2000): *La educación, puerta de la cultura*. España, Visor.
- CHINOY, E. (1974): *Introducción a la sociología*. Biblioteca del Hombre Contemporáneo. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- DEWEY, J. (1998): *Democracia y educación*. Madrid, Ediciones Morata.
- ESCRIVÁ DE BALAGUER, J. (1987): *Surco*. Caracas, Ediciones Vértice.
- (1997): *Amigos de Dios*. Madrid, Rialp.
- FOUCAULT, M. (1989): *Las palabras y las cosas*. México, Siglo Veintiuno Editores.
- FRANKENA, W. (1975): *Tres filosofías de la educación*. Uteha Ediciones.
- ISAACS, D. (1980): *La educación de las virtudes humanas*. Tomo II. España, Eunsa.
- LEÓN DE VILORIA, Ch. (2000): *Secuencias de desarrollo infantil*. Caracas, Publicaciones UCAB.
- ORTEGA Y GASSET (1980): *El hombre y la gente*. Madrid, Editorial Alianza.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2000): *Diccionario de la Lengua Española* (21ª ed.). Madrid Espasa.
- RÍOS CABRERA, P. (1999): *La aventura de aprender*. Caracas, Cognitus, C.A.
- RUNCIMAN, W. G. (1999): *El animal social*. España, Taurus.
- SAPIR, E. (1966): *El lenguaje*. México, Fondo de Cultura Económica.
- YGOTSKY, L. (1979): *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. España, Grijalbo.
- WORCHEL, S., y SHEBILSKIE, W. (1998): *Psicología. Fundamentos y Aplicaciones*. España, Prentice Hall.

Contactar

Revista Iberoamericana de Educación

Principal OEI